

Más puñetazos da el hambre

LA RESISTIBLE ASCENSION DE LUIS FOLLEDO



Más cornás da el hambre. Y más puñetazos. Toreros, boxeadores, glorias estropeadas, víctimas sociales, rebeldes que ignoran la causa política. Luis Folledo, al que vino a visitar la gloria dudosa del boxeo mientras él se lavaba los pies en un barreño, allá por Ventas, es hoy un marginado, una víctima del montaje comercial del deporte, del montaje capitalista de la vida. La resistible ascensión de Luis Folledo fue una aventura trágica donde él hizo de casta Susana auspiciada por los viejos gángsters brechtianos, aventura que él quiere hoy repetir, lleno de fe, hueco de gloria. En Luis Folledo, como refleja esta entrevista que Luis Otero le ha hecho cuando anuncia su vuelta, se consuma la víctima de una sociedad sin igualdad de oportunidades, la crucifixión rosada y henrymilleriana de un juguete roto y un mito forjado con premeditación y volcado con alevosía. La explotación del hombre por el hombre también puede hacerse uno a uno.

EN el archivo de todos los periódicos de España, sección el deporte, letra efe, hay una carpeta gorda que pone «Folledo, Luis, boxeador». La carpeta se muere de risa y amarillez desde hace algunos años. La carpeta es gorda, gordísima, y si uno la pide al chico de los recados el chico de los recados antes de partir le pregunta a uno: «Luis... ¿qué?».

—Llevo seis o siete años retirado, pero siempre estuve metido en el deporte, bien como entrenador de boxeo, o bien jugando al fútbol o haciendo natación. Yo era un humilde hijo de padre de familia, ¿está bien dicho?

—Está.

—Yo era un humilde hijo de padre de familia y el boxeo me lo dió todo: dinero, amigos, relaciones, fama, todo. También me dió sinsabores, pero es igual, le estoy agradecido.

—¿En boxeo qué es más importante: pegar o que no le peguen a uno?

—Que no le peguen a uno.

—¿Y en la vida?

—La vida, la vida. ¡Qué difícil es la vida! En la vida hay que cubrirse muy bien, porque donde menos se espera te la pegan. He tenido muchos amigos, pero es ahora cuando veo a los verdaderos. Me quedan pocos, cuatro o cinco, pero buenos de verdad. Antes la prensa, empresarios, todo el mundo me llamaba, todo el mundo hablaba de mí. Ya sólo me quedan los amigos de verdad, cuatro o cinco.

—¿En qué piensa el boxeador caído sobre el ring mientras el árbitro cuenta hasta diez?

—No sé. En nada.

—¿Y en qué piensa antes de dormir cuando ya nadie habla de uno?

—Pienso en el futuro, en el mañana. Qué fui, qué he sido, qué he teni-

do, ya se ha pasado. Tuve doce coches, todos buenos, un Ford Galaxia, un Fiat mil cien, un Triumph, un Fiat mil quinientos, un mil cuatrocientos treinta, todos buenos. El último un mini y tuve que venderlo. Mejor dicho no lo vendí, porque realmente no era mío. Yo se lo había comprado a un amigo, le di un dinero como entrada pero no pude pagar el resto y entonces le dije, toma, llévate el coche.

—¿A qué jugaba usted a los doce años?

—No jugaba, estaba de chico en un tinte y por Santos mi hermana y yo íbamos al cementerio del Este a arreglar sepulturas para llevarnos un duro a casa. Vivíamos cerca del cementerio. De más pequeño buscaba carbón para ganar unas pesetas. En mi casa sólo éramos ricos en ilusiones. En lo demás muy pobres. Todo lo que tuve nadie me lo ha quitado. Me lo gasté.

—¿En qué?

—No se. Cuando uno tiene algo no se da cuenta de que se puede acabar. Y ahora se acabó, pero por completo. Bueno, y de no saber de letras. Fui muy poco a la escuela, porque cuando estaba en edad ya trabajaba. Después, cuando era rico, tuve profesores particulares y me enseñaron lo poco que sé, casi nada. De cuentas se más, sobre todo de tantos por cientos, de darlos. He dado todos los tantos por cientos que han ganado y no me arrepiento.

—El boxeador arriesga su físico y se lleva la peor parte.

—¿Sabe lo que le digo? Que no sé qué será más importante, si el dinero o el físico. Hoy con un físico y sin dinero no se vive, en cambio con un no físico y con dinero no falta de nada. El dinero lo mueve todo.

—A veces hasta el amor, Folledo.

—Yo sólo pagué una vez por hacer el amor. Fue la primera vez que lo hice. Era un niño.

Luis Folledo tiene alargada, torera, vertical y flaca la figura, lo mismo que en sus tiempos, ¡fo-lle-do - fo-lle-do - fo-lle-do!, y está terriblemente solo, sin un autógrafo que rubricar, sin un manager que aconseje, sin un empresario que ponga un cheque por delante. Sin una hembra que llevarse a los labios.

—Porque a usted Folledo le han perdido las mujeres, es lo que se cuenta.

—Vayamos por partes. Yo creo que a todo el mundo le gustan las mujeres ¿o a usted no? Es la única debilidad que hay y no es malo. Malo es todo lo que se hace con exceso, como abusar de la cosa sexual.

tea todo, me paga el hotel porque si no yo no podría, cómo iba a poder, ¿ha tomado usted nota de cómo se llama?

—Sí.

—Pues póngalo.

—¿Qué va a pasar, Folledo? ¿Qué quiere usted que pase?

—Pues que medicina deportiva me autorice a boxear. Que el público vea que estoy en las mismas condiciones que cuando me retiré. Quiero volver porque ésta es mi profesión y mi vocación.

—No me diga que uno se hace boxeador por vocación.

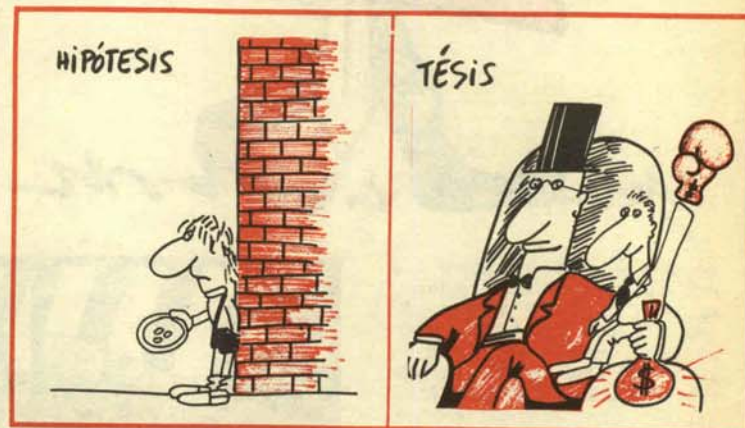
—¿Por qué no?

—¿Con qué se gana un combate: con la cabeza o con los brazos?

—Primero con las piernas, luego con la cabeza y luego con los brazos. ¿Cómo he dicho?, repita, a ver. Ah, no, primero con la cabeza, luego con las piernas y luego con los brazos.

—¿Esos puños de ustedes, chicos del suburbio, contra quién van realmente?

—No sé, yo sólo puedo hablar por mí y sólo pego al contrario, pero sin agresividad. No me he ensañado con nadie.



—¿Y usted no ha abusado?

—¿Yo? Lo normal. Después de un combate, todo, porque se puede. ¿Que voy a boxear tal día? Bueno, pues hay que cortar hoy y corto. Por eso me encuentro tan bien a mis treinta y siete años.

—¿A qué ha venido a este retiro, Folledo?

—De momento he venido con el ánimo de quitarme de la contaminación, de trasnochar, de fumar. Un amigo mío que se llama don Manuel González González, y que no tiene nada que ver con el boxeo, me cos-

—El público se ensaña. Quiere sangre. Pide sangre.

—No sé si el público es eso lo que pide o tan sólo dureza, no sé. Yo no hago caso de lo que gritan y me digo que si puedo ganar el combate sin malograr al contrario pues para qué voy a ensañarme con él, ¿no le parece?

—¿Usted vive solo?

—Vivo con mis padres.

Juega a las quinielas, igualito que la gente con casa cerca del cementerio del Este. Servidor había visto al ex boxeador

una sola vez, por Fleming. Luis Folloedo tenía la pierna rota de entonces, enyesada, en reposo sobre la falda de una mujer. Muy cerca las muletas. Domingo por la tarde. Sobre la pierna de yeso, una quiniela. Luis Folloedo va tachando aciertos, va tachando ilusiones. La otra mano, sobre un hombre de mujer. La radio de los resultados. Era domingo por la tarde. Ah, pero servidor no es Hemingway.

- ¿Qué hizo con el primer millón?
- Comprarle un piso a mis padres.
- ¿Qué hará con el próximo?
- Creo que no llegaré a tener un millón en mi vida. Si llego a tenerlo sólo sé que no volvería a tirarlo.
- ¿Cuánto dinero tiene hoy?
- Deje que mire la cartera, muy poco.
- No, en el banco, en la cuenta corriente.
- Ni una peseta. Llevo muchos años sin boxear y el cine que hice o pasar modelos no dan para meter nada en el banco. Sólo tengo ilusión por volver al boxeo y un espíritu joven. Y a mi padre y a mi madre.
- ¿Novia?
- Muchas amigas, pero titular, ninguna.
- Pongámonos en lo peor, Folloedo.
- ¿Más peor aún?
- Más.
- ¿Qué?
- Sí, que los médicos no le den permiso.
- No lo sé. Si medicina deportiva no me autoriza a boxear lo mismo sale una película y me engancho. O un pase de modelos. Honradamente me apunto a todo.
- ¿A peón de albañil, por ejemplo?

SÍNTESIS



—No es ninguna deshonra, ¿no? Creo que valgo para todo. Si lo tengo que hacer, ¿por qué no? A mí lo del cine me gustaba, sabe, hice dos películas y los directores dijeron que tengo buen futuro en el cine pero debieron gafarme, porque no han vuelto a llamarme.

—Un titular con gancho, fíjese: «Luis Folloedo, de hoteles de cinco estrellas al andamio». ¿Se lo imagina?

—Ya me he imaginado de todo y nada me asusta, ni la muerte. No me importaría morir cuando a mis padres se los haya llevado Dios.

- ¿Usted reza?
- De vez en cuando.
- ¿Y qué reza?
- El Padrenuestro que, por regla general, es lo que rezamos todos los españoles.
- ¿Y va a misa?
- Sólo por algún bautizo o una boda.
- ¿Usted fue a la manifestación de la plaza de Oriente?
- No, porque no tengo coche. Pero de estar en Madrid hubiera ido, soy español, ¿no? He defendido los colores de España por todo el mundo y seguiré defendiéndolos si medicina deportiva me lo permite.
- ¿Le es fácil llorar?
- Mucho. Soy un sentimental. A lo mejor veo una película y se me saltan las lágrimas.
- ¿Ha llorado en el ring?
- Nunca.
- ¿No siente pena del rival?

—Ninguna, porque lo mismo que le hago yo a él me lo podrían hacer a mí. Hombre, si lo veo mal, lo deajo, entonces me da pena. Pero lo peor es que después el público y los periodistas me lo reprochan. Algo de violencia si que hay, es cierto.

—A propósito de violencia. Usted leerá los periódicos de estos días, ¿no?

—Los leo, pero no me pregunte nada de política que yo de eso no entiendo. El boxeador por regla general es noble, pacífico. No quiero decir que a lo mejor no haya una oveja negra, pero por lo general es pacífico, sí. El boxeador ya se desahoga en el combate.

—A usted le habían prometido un homenaje.

—Me lo prometieron hace años y no me lo dieron. Prefiero que se lo den a otro que lo necesite más que yo.

Hace unos años, no demasiados, el que Folloedo echase una firma o descolgase un teléfono, podría valer millones. Millones para otros, naturalmente. Hoy tiene por los bolsillos una quiniela con nueve resultados que aún no ha roto y un billete de metro usado. Sic transit etcétera. ■ LUIS OTERO.

